

Commonplace. Simulacro en súper solitario

Stefanie Izquierdo Martínez



◉ Escena de *Commonplace* (2014). Foto: Juan Antonio López Olguín

Detrás del estadio de Ciudad Universitaria (CU), en la capital mexicana, existe un jardín, cerrado por una pared irregular de rocas por la que los aficionados al montañismo acostumbran escalar. Ellos, con su práctica, inconscientemente ejercen una de las metáforas más fértiles para hablar de la vida; cuando no es un camino o un río, es una montaña. El colectivo Nuna Teatro Contemporáneo nos convida a asistir a la experiencia de dos jóvenes que se esfuerzan por arribar a la cima de algo. Para ello, el colectivo ha tenido que meter en la mochila herramientas con las cuales poder sostener todos los tópicos, frases hechas, ideas trilladas; en fin, todo para afrontar al lugar común, aun desde la experimental forma de su escenificación.

En ese ánimo de reclutar y convivir con lugares comunes, el cartel

con el que se presenta *Commonplace* despliega en torno al título una serie de frases para acotarlo y mejor definirlo (“Simulacro en súper solitario”, “Una fantasía de autodestrucción simulada”, “Mapa topográfico y no escénico para no escaladores”). Así, la obra se adscribe al ejercicio tentativo, contingente y subjetivo de la reflexión contemporánea, caracterizada por el gusto de subtítulos descriptivos con los que se intenta acotar cualquier tema, pues se sabe que todo asunto es hoy en día un lugar común. De hecho, nuestra angustia no radica en cómo superarlo, sino de qué manera compartirlo. De esta forma, la propuesta de exponerlo no es novedosa –tampoco es su intención–; tan sólo es el procedimiento en metarreferencialidad para hablar sobre una sarta de lugares comunes: por ejemplo, la soledad del individuo.

I. Mapa topográfico y no escénico para no escaladores

La contundencia de *Commonplace* habremos de buscarla en el espacio. La obra, colmada de lugares comunes deliberados, está escenificada en un lugar nada común: un espacio para escaladores; una zona rocosa de CU al aire libre donde se suele practicar el montañismo. Allí se desarrolla casi la totalidad de la obra, pues en realidad ésta consiste en un recorrido que da inicio en las astas del magno estadio universitario donde los espectadores aguardamos a que dé inicio la experiencia.

Como lo amerita el subtítulo de este apartado, la topografía para escaladores se resuelve en un recorrido para no-escaladores. El público asiste al camino vertical de los actores (en cuanto a la trama y a las acciones) por medio de una vía horizontal: desde las astas del estadio, donde comienza la aventura escénica, se pasa al escenario rocoso y selvático para concluir en un claro cercado por una pared de rocas muy alta, este último escenario es la cima, demasiado acorde con la apoteosis de la obra.

Tal es otra de las virtudes del texto de Liliana Rojas que la dirección de Gustavo Beltrán ha sabido aprovechar. La propuesta de un lugar para escalar está acentuada por el desempeño físico de los actores, quienes alternan las metáforas de sus parlamentos con otras analogías visuales: trepan por las rocas, suben en cuerdas, escalan los riscos. La dirección corre el riesgo de que se tomen estas acciones físicas como ilustración, pero confía en el dispositivo del simulacro que se ha establecido y de la ilustración pasan a ser movimientos repetitivos que conducen a la metáfora ya no del texto sino del propio movimiento.

De esta forma, se juega con el planteamiento de la trama: no se

representa una historia de montañismo, no se está subiendo una montaña –pero tampoco lo contrario.

Otro de los aciertos ha sido mostrar uno de los muchos recovecos de CU que existen sólo para ciertos gremios. Con ello se ha logrado resignificar el espacio, dotar a una zona de significado colectivo y compartir nuevas topografías, todos ellos objetivos loables del teatro actual.

Asumir este tipo de espacios no sólo requiere de ingenio, sino de un gran trabajo; esto implica pensar en equipo técnico, como la escenografía, las luces, etc., las cuales tienen un papel bastante logrado en esta obra. En el preámbulo se utiliza la iluminación del sol; ya establecidos en las rocas comienza el juego luminotécnico que, aunque no es muy vasto, es el necesario para iluminar todo el espacio ya de noche.

De esto se desprende otro aspecto de suma importancia. El público, en su mayoría jóvenes, no es invitado a una función más de teatro, sino que acude a una cita en las astas de CU, donde ocurre el preámbulo o recibimiento. La puntualidad, el compromiso y el juego con el espectador, en resumen, su participación activa, son fundamentales para el *Commonplace*. De esta forma se nos recuerda el estatuto colectivo que encierra todo lugar común.

II. Simulacro en súper solitario

La simpática narradora de esta puesta, “Destornilladora buscapolos”, papel interpretado por Elena Gore, nos advierte que a continuación no se nos presentará una historia, sino un simulacro que consiste en las historias de Dolores (Liliana Rojas) y Rodrigo Díaz (Gerardo del Razo) paralelas y distantes, aunque en realidad convergen y son la misma. Esta contradicción de los términos da la nota de parodia y humor con que se realiza toda simulación. Con la ayuda del vestuario reconocemos los distintos acentos y tonos de los personajes: Dolores, vestida de escaladora, siempre nos representa el constante intento por subir y no caer. Rodrigo, que al principio aparece como un escalador, por momentos simula ser él con traje de oficina y de pronto se despoja de su atuendo hasta quedar en paños menores, para así completar este personaje que siempre pelea contra sí mismo. Y la cordial Destornilladora buscapolos, que en un vestido rojo se presenta como la conciencia *clownesca*. Con franqueza, la obra se expone y se mofa de sí misma gracias al lugar de lo provisional en el que se instaura; emplea entonces dos tópicos de la actualidad, la ambigüedad de todo discurso (cuyo referente oscila entre el simulacro y la realidad) y la dificultad por alcanzar los objetivos.



© La narradora “Destornilladora buscapolos” (Elena Gore) conduce al público en *Commonplace*. 2014. Foto de Juan Antonio López Olguín.



© Dolores (Liliana Rojas) escala la roca. Foto de Juan Antonio López Olguín

De esta forma, ambas historias utilizan la narrativa de “escalar una montaña” para contar el proceso de inmiscuirse en cualquier empresa, ya sea la empresa del amor, de la vida o de cualquier otro objetivo. Mediante la ambigüedad antes señalada, aquello que se supone metáfora y lo que se ha anunciado como simulacro se torna real. Se trata entonces de dos escaladores que nunca se encuentran, destinados a enfrentar sus miedos en soledad.

Es decir, la obra consiste en un *Bildungsroman*, un relato de iniciación, de allí la insistencia en el simulacro, la prueba. Éstos se vuelven definitivos: la lucha de Dolores por llegar a la cima la enfrenta con sus seguridades ilusorias, mismas que la han orillado a su soledad. Por su parte, Rodrigo se enfrenta

a su convicción de que la plenitud sólo se alcanza en soledad, por uno mismo; en su combate discutirá con amigos y enemigos imaginarios.

De allí el cariz emotivo de la obra, empatizar con dos individuos al borde de la vida. En sus circunstancias, la trama permite toda digresión: una analogía, un pensamiento, alguna palabra pueden ser pretexto para una desviación sobre la existencia de la juventud.

La mirada irónica se encuentra en la perspectiva de Destornilladora buscapolos, una especie de conciencia narradora que cuestiona las acciones de los personajes. Ella así manifiesta las intenciones y los miedos que los aquejan mediante un diálogo totalmente frontal con el espectador.

III. Una fantasía de autodestrucción simulada

El *leitmotiv* de la obra se nos muestra de principio como una instrucción, casi un imperativo: “No puedes caer, no lo puedes hacer y si caes grita, grita: caigo”. La frustración de toda empresa, el fracaso de uno mismo, aparece como conciencia introductoria. Como correlato, se distingue la jactancia de los personajes, la frágil autosuficiencia que se defiende desde la soledad. Esta confrontación del ímpetu con la certidumbre de la caída, ambos pilares de la soledad, configura el “conflicto” de la trama.

Por lo demás, el supuesto conflicto no deja de presentarse con cierto aire de candidez. Esto con total conciencia de la autora, de ahí que decida que las confrontaciones de los personajes se sostienen sobre los lugares comunes, juega con ellos y aparecen de modo cómico a lo largo de la obra. De ahí esta acentuada burla de Destornilladora buscapolos. Así también para respetar el texto, la dirección actoral emplea actuaciones farsicas que, sumadas a situaciones ingenuas, socavan las premisas redentoras del *Bildungsroman*.

En efecto, el umbral de paso de la juventud carece de hendidura firme de la cual asirse, ante lo cual no se ha optado por una actitud de alarma o nostalgia, antes bien, se opta por el gesto irónico. No hay más lugar común que la vida misma.

O al menos tal es la idea que nos han hecho creer: una fantasía de autodestrucción simulada. Este segundo subtítulo condensa en aforismo la cancelación de toda práctica auténtica y de emancipación del discurso “posmo”. En ella se vislumbra que “hemos nacido ya en un mundo demasiado viejo”, que “nada se puede hacer sino vivir la vida”, que “la vida es una canción”. De allí que, naturalmente, para la generación de los que nacimos a fines de los ochenta, el fracaso sea un lugar común: es sintomá-

tica la convicción con que se asume la frase “tú eres tu propio enemigo”, encarnada en el personaje de Rodrigo. Quizá no nos queda nada más que fantasear acerca de la soledad y poder cantar al unísono “Day-o (Banana boat song)” entre fuegos artificiales, tal como concluye la puesta en escena de *Commonplace*.

La muestra fehaciente son las muchas voluntades que se han puesto en juego para montar esta obra: el colectivo Nuna Teatro, formado por talentos jóvenes, y Teatro UNAM, que sorprende al apostar por una obra arriesgada como ésta. Ahora podemos decirle a Nuna Teatro, sin temor a la vergüenza del lugar común, tal como termina *Commonplace*: “si te caes, te tengo”.

Ficha Técnica de *Commonplace: Simulacro en súper solitario*

Colectivo Nuna Teatro Contemporáneo

Autora: Liliana Rojas

Dirección: Gustavo Beltrán Méndez

Elenco: Gerardo del Razo, Óscar Serrano, Elena Gore, Liliana Rojas

Regidora de escena: Favs Llamas

Asistencia de dirección y producción: Jazmín Monroy y Max K. Thomsen

Asesoría vocal: Melanie Borgez

La cita era en las astas del Estadio Olímpico Universitario en Ciudad Universitaria (UNAM), México, D.F., a las 19 hrs. Los días 18 y 25 de septiembre, 9, 16, 23, 28 y 30 de octubre, 4, 6, 11, 13, 18, 20, 25 y 27 de noviembre de 2014.